



CASARME CON *el veterinario*



Cómo cazar a un marido 1

Caryarit Ferrer

Selecta



Casarme con el veterinario

SERIE

Cómo cazar a un marido 1

Caryarit Ferrer

Selecta

Prólogo

¡Uf! La cabeza de Cupido dolía muchísimo, no debería haber bebido tanto ayer, incluso los dioses eternos tienen resacas. La luz del sol entrando por la ventana panorámica hacía que su cabeza latiera incluso más. El reloj en la mesita de noche ya marcaba las 2 p.m., se había quedado dormida.

Lentamente, Cupido se levantó de la cama y caminó hacia una esquina de la habitación, evitando sus ropas manchadas de alcohol en el suelo, y abrió la mininevera. Allí, algo de Gatorade seguramente le haría sentir mejor. El problema de habitar una forma humana era que te sometías a las enfermedades humanas, pero, de vez en cuando, toda deidad se aburría y bajaba a ver qué estaba pasando en la Tierra. Además, estando aquí abajo, Cupido podía ver a las parejas más de cerca o, incluso, jugar con sus cabezas.

La deidad revisó su forma humana. A Cupido le gustaba bastante su cabello negro y sedoso, así que lo usaba todo el tiempo. Ahora tenía forma humana femenina, pero podía cambiar de género tan fácilmente como parpadear. Su túnica blanca estaba manchada de verde, Cupido no podía recordar qué la había dejado así, pero frunció el ceño y volvió a ser de un blanco perla. Las ojeras debajo de sus ojos no podían arreglarse tan fácilmente. La fiesta de anoche

había sido salvaje y ahora su cuerpo humano estaba haciéndole pagar por ello. Cupido se dejó caer sobre la cama. El hotel era acogedor pero bien equipado. El monte Latngafield era una creación de Gea, pero la ciudad a sus pies era maravillosa a su manera particular. Era impresionante lo que esos pequeños humanos eran capaces de construir. Esta ciudad ni siquiera existía cuando Cupido la visitó por última vez hace unos cientos de años, pero ahora comenzaba a expandirse con más de mil residentes atraídos por el auge de la construcción de una nueva represa.

Un sonido distrajo a la deidad, alguien acababa de deslizar un trozo de papel por debajo de la puerta. Cupido lo tomó y leyó la lista escrita en un trozo de revista, era un artículo dirigido a mujeres sobre cómo conseguir un marido, fechado en 1958, y cada sugerencia era más loca y desagradable que la anterior.

Los eventos de la pasada noche volvieron a su memoria: Fobos afirmando que Cupido tenía el trabajo más fácil de todos los dioses, Cupido quejándose de que encontrar almas compatibles era difícil, de cómo no se podía emparejar a las personas a voluntad solamente, de lo complicado que era su don: más que solo decidir que dos personas deberían estar juntas, todos tenían que estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, etc. Desvaríos de borracho en su mejor versión. Fobos había apostado a que Cupido no podría hacer lo que él llamaba «elecciones difíciles», y Cupido había asegurado que lo lograría, tragándose un tequila y pidiendo a Fobos que especificara sus condiciones.

La lista mostraba cien formas ridículas de conseguir un esposo. La deidad del amor la leyó y la analizó; eran complicadas, pero no imposibles. A pesar de los mejores esfuerzos de Fobos, esto no asustó a Cupido. La deidad solo necesitaba ser creativo, hacer algunos ajustes y divertirse.

La primera sugerencia en la lista era conseguir un perro y pasearlo. Cupido apretó la botella de Gatorade y se transportó al refugio de animales más cercano, donde una chica salía con un American Staffordshire recién adoptado y aterrorizado. Estaba soltera, Cupido podía sentir esas cosas. Esta chica y este lugar serían perfectos.

Capítulo 1

Salami era el perrito más lindo del mundo; Ariana no podía creer que alguien lo hubiera abandonado en la perrera. El pobre estaba tan triste que ni siquiera salía de su jaula. Verlo ahí, quieto y deprimido, le rompía el corazón, así que decidió adoptarlo.

—No te preocupes, cariño, todo va a estar bien —le dijo, acariciándole la cabeza—. Yo voy a cuidarte.

Se tomó una selfi con Salami. Hoy se veía bien incluso sin filtros; su largo cabello castaño tenía algo de volumen y el corte resaltaba sus grandes ojos marrones. Ariana le envió la foto a su abuela; tal vez así dejara de molestarla con los peligros de vivir sola.

Sacó al perro a pasear y él decidió orinar en cada arbusto que veía. Una persona incluso cruzó la calle solo para evitar pasar cerca de Salami. Ariana supuso que, para muchos, él no era más que un perro grande y aterrador, de una raza considerada peligrosa. Pero, en realidad, era el más dulce de todos.

Cuando fue al refugio en busca de un perro para adoptar, Ariana pensaba en algo pequeño, algo que se adaptara fácilmente a su apartamento. Sin embargo, los voluntarios le aseguraron que Salami, a pesar de sus casi treinta kilos, no necesitaba mucho espacio, solo ejercicio diario. Con sus habituales carreras de campo traviesa, le

prometieron, él tendría más que suficiente.

—Por eso no se debe juzgar un libro por su portada —le dijo al perro, que movía la cola, encantado de recibir atención.

—Qué perro tan lindo —dijo alguien.

—Gracias. —Ariana estaba limpiando los desechos de Salami en la calle, así que solo alcanzaba a ver los pantalones blancos y los zapatos de la persona—. Lo acabo de adoptar.

Cuando se incorporó, ya no había nadie. Fue extraño; esa persona había desaparecido sin dejar rastro, pero lo dejó pasar, pensando que simplemente se había distraído. A esa hora, el pueblo estaba en silencio, la mayoría de la gente estaba en el trabajo, así que se puso el cárdigan y decidió disfrutar de la calma. Pronto llegaría el invierno y echaría de menos esos largos paseos bajo el sol. Se había tomado un par de días de vacaciones para ayudar a Salami a adaptarse a su nuevo hogar y sacarlo a pasear tanto como fuera posible hasta que aprendiera a hacer sus necesidades fuera de casa.

Esto solo te va a dificultar encontrar esposo, le respondió su abuela sin rodeos. *Ningún hombre va a querer compartir su atención con un animal apestoso.*

Había tantas cosas mal en ese mensaje que Ariana no sabía ni por dónde empezar a responder.

—Tú no hueles mal —le dijo a Salami mientras le acariciaba la cabeza.

Él, simplemente, levantó la pata y orinó en el arbusto más cercano, completamente indiferente al juicio de los demás.

—Sé que eres un perro y que estabas muy triste en una jaula, pero tienes suerte: no estás cargando con la presión de tu familia para que te cases. Y, como estás castrado, tampoco tienes que preocuparte por dejar a nadie embarazada. Suertudo. En cambio,

yo... con mi cumpleaños número 30 a tan solo dos meses, mi abuela no puede pensar en otra cosa. Es otro tipo de jaula.

Ariana respiró hondo y comenzó a caminar de regreso a casa. Entendía la preocupación de su abuela; había crecido en otra época y, aunque los tiempos habían cambiado y ahora podía aceptar algunas cosas —como que Ariana viviera sin compañía y sin supervisión—, aún tenía miedo de morir y dejarla completamente sola. Su solución, algo extraña, era que Ariana debía casarse cuanto antes.

Claro que Ariana podía cuidarse a sí misma, y además tenía más familia, tenía amigos... No iba a quedarse huérfana y desamparada. Pero su abuela se negaba a aceptar eso y aprovechaba cualquier oportunidad para intentar emparejarla con algún hombre del pueblo.

Ariana había salido a algunas citas últimamente, solo para quitársela de encima, pero todas habían salido mal. Simplemente no podía imaginarse otra vez con un hombre, no después de...

—Oh, lo siento —dijo un chico que acababa de tropezar con ella—. Hay una emergencia y no estaba prestando atención.

El chico dejó de hablar de golpe y la miró, sorprendido. Ariana sintió una chispa recorrerle el cuerpo al darse cuenta de lo guapo que era. No lo había visto nunca antes; debía ser nuevo en el pueblo, probablemente el mismo del que todos hablaban mientras ella no prestaba atención. En un lugar tan pequeño como este, cualquier novedad era motivo de conversación. Ella nunca participaba en chismes, pero ahora se arrepentía.

Él tenía los ojos negros, el cabello castaño con tonos caramelo, vestía una camisa blanca y pantalones negros. Era alto, delgado, y tenía un hoyuelo en la barbilla.

«¿Qué puede ser más sexy que eso?», pensó.

El estómago de Ariana dio un vuelco cuando sintió cómo una

atracción intensa, casi salvaje, recorría su cuerpo al mirar a ese desconocido. Y, al atreverse a cruzar miradas con él, notó deseo en sus ojos también. Un cosquilleo le recorrió el bajo vientre. ¿Qué era eso? Nunca había tenido una reacción tan visceral ante un hombre.

—Qué belleza —dijo él—. ¿El perro? —agregó enseguida, sonrojado, pero Ariana sabía que hablaba de ella.

—¿Mencionaste una emergencia? —le preguntó, recordando sus primeras palabras.

—Sí —respondió, como si apenas se acordara—. Perdón, adiós.

Y se fue a toda prisa.

—Tú también me pareces bellísimo —repuso Ariana, sin dirigirse a nadie en particular, y deseó volver a encontrárselo.

Capítulo 2

Samuel estaba tan cansado que no podía esperar a que fueran las 9 p.m. solo para poder cerrar la clínica veterinaria, irse a casa, darse una ducha caliente y descansar un poco. Su turno había sido agitado hoy, con múltiples emergencias. Estaba sucio y hambriento, con los músculos tensos y sangre manchando su uniforme.

—Serán ochenta y cinco dólares, por favor.

—Estos animales van a ser mi ruina —dijo Tijana, la dueña del perro al que Samuel acababa de atender. Ella tenía un par de dóberman traviesos.

—Pero igual los amamos —repuso Samuel.

—Sí que los amamos, y, cariño, bienvenido al pueblo.

—Gracias —respondió, despidiéndose con la mano y suspirando al recordar que, al llegar a casa, lo esperaban cajas de mudanza por abrir y ordenar.

—Adiós, Samuel —se despidió su jefe, saliendo del almacén—. Espero que puedas descansar.

—Sabes que no lo haré —dijo, rascándose los ojos.

—¿Por qué? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Es complicado. —Samuel había confiado en Lukas antes sobre sus problemas de pareja, pero habían pasado tantas cosas entre él y

Dakota solo en esta semana que, por supuesto, su amigo ya no estaba al tanto.

—Intenta explicármelo —lo animó su jefe.

—Dakota no me deja dormir en toda la noche —decidió confiarle Samuel. Llevaba más de un mes en ese pueblo y necesitaba un amigo—. No para de hablar sobre la fiesta carísima que quiere hacer para el vigésimo quinto aniversario de bodas de sus padres, aunque ellos le dijeron que no lo hiciera y no tienen cómo pagarla. Los va a endeudar y no logra entender por qué está mal. Vamos a terminar discutiendo, y yo voy a acabar durmiendo en el sofá. Otra vez...

—Ustedes han estado teniendo problemas desde hace tiempo, ¿no? —preguntó su jefe.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Pensé que solo nos estábamos adaptando a vivir juntos, pero creo que es más que eso.

—Entonces ¿por qué sigues con ella? ¿No sería más sano tomarse un descanso? ¿No quieres un poco de paz mental? Deberían estar en la fase de luna de miel.

—¿Romper con ella? —preguntó Sam, desconcertado por la sugerencia.

—Creo que me pasé. Lo siento mucho, de verdad, tiendo a hacer eso. No deberías escucharme, soy un viejo metiche. Perdón por entrometerme. Adiós. —Sam vio cómo Lukas se sonrojaba y salía corriendo hacia su auto.

Romper con Dakota parecía la opción más lógica. Discutían constantemente, hacía tiempo que no se divertían juntos, y el afecto que él había sentido por ella ya no estaba. Llevaban dos años de relación, la mitad de ese tiempo peleando. Tal vez simplemente no se llevaban bien, o tal vez no estaban destinados a estar juntos. Por más aterradora que fuera esa posibilidad, debía considerarla.

Los pensamientos de Samuel fueron interrumpidos por el timbre.

Alguien quería entrar a la clínica. Pulsó el botón para abrir la puerta y, accidentalmente, tiró unas pastillas para gatos al suelo. Mientras se agachaba para recogerlas, escuchó que el cliente hurgaba entre unos papeles.

—Hola —dijo una voz melodiosa.

¡Era ella! Reconoció la voz de su encuentro anterior. Sam se incorporó tan rápido como pudo, solo para confirmarlo. Sí, ahí estaba, con su cabello oscuro y sus grandes ojos marrones.

—Oh, hola —saludó la chica—. Entonces, ¿la emergencia que tuviste fue veterinaria?

—Sí, salvé a un perro hoy —respondió, sacando pecho y sonriendo. Ser veterinario no pagaba bien, pero al menos tenía la satisfacción de salvar a muchos animales.

—Eso es bueno. —Le sonrió radiante—. Me alegra saber que mi nuevo bebé estará en las mejores manos.

Samuel tuvo de pronto una visión de ambos en una gran casa con tres niños, uno en sus brazos, y tres perros.

—¿Tu perro? —preguntó, obligándose a concentrarse en su trabajo.

—Sí, lo acabo de adoptar. Ha sido una adaptación complicada, Salami tiene mucho miedo y no deja que nadie lo toque.

—A veces un perro puede tardar hasta tres meses en adaptarse a un nuevo hogar, pero si en unas semanas Salami aún no mejora, estaré encantado de recomendarte un adiestrador especializado. Tenemos una base de datos muy completa para cubrir todas las necesidades de nuestros pacientes. —Genial, qué bien, sonó como un infomercial. Todo por ver a una chica bonita y que su cerebro se volviera gelatina.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Quiero que se sienta seguro —apoyó la mano en el mostrador, y a él le dieron ganas de tocarla.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte?

—Aquí está el papeleo para registrar el chip de Salami a mi nombre. —Le entregó un fajo de documentos cuidadosamente organizados.

No pudo evitar echar un vistazo al formulario para ver su nombre: Ariana S. Cooper. Ariana, su Ariana. Se detuvo por segunda vez. No, ella no era suya.

—Tienes todo, menos una cosa muy importante —dijo, secretamente feliz de que tuviera una excusa para verla de nuevo.

—¿Qué cosa?

—El perro. Necesito escanear su chip para asegurarme de que los números coinciden.

—Ay, Dios —Ariana se tapó los ojos, avergonzada—. Me siento tan tonta, estoy haciéndote perder el tiempo.

—No te preocupes, amor, está bien. No tenías cómo saberlo. —Le tomó la mano para consolarla.

Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Ella lo miró, no con disgusto, sino con curiosidad. En cuanto Samuel se dio cuenta del momento íntimo que había provocado, el arrepentimiento lo invadió. No era apropiado, ella era una clienta.

—Yo... —Parecía haberse quedado sin palabras. ¿Estaba sintiendo lo mismo?—. Supongo que volveré entonces.

Capítulo 3

Ariana tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no llorar cuando Samuel se disculpó por haberle tomado la mano. La situación debería haberse sentido extraña, pero no fue así; fue una sensación maravillosa, y deseaba que él volviera a tomarle la mano, que la besara. Quería que Samuel la besara por todo el cuerpo y luego... Ariana se obligó a detener aquel pensamiento antes de que siguiera avanzando. No podía creer que estuviera pensando en eso. En el fondo, creía que nunca volvería a experimentar deseo o a tener un flechazo por alguien después de la muerte de Izrail, hacía ya tres años. Pobre Izrail, murió tan joven en un accidente de tráfico... Recibir la noticia la había destrozado; habían estado juntos durante diez años. Ariana estaba convencida de que jamás volvería a interesarse en otro hombre. Bueno, se equivocaba, pero también estaba actuando mal. Tenía que dejar de fantasear con restregarse contra Samuel detrás del mostrador y aprender a respetar la memoria de Izrail. Además, esa era la única clínica veterinaria del pueblo, así que no debía crear una situación que pudiera volverse incómoda en el futuro.

—Hola —dijo su abuela, entrando en su departamento, distrayéndola. Tenía su propia llave y había venido para ayudarla a

prepararse para una cita. No importaba cuántas veces Ariana le pidiera que dejara de intentar emparejarla—. Ese vestido no es apropiado.

—¿Por qué no, Olimpia? —Ariana giró sobre sí misma. La última vez, su abuela la había acusado de no esforzarse lo suficiente tras presentarse a una cita en camiseta y leggings, así que esta vez decidió ponerse un ajustado vestido rojo, esperando escandalizarla. Era su pasatiempo favorito: molestar a su abuela. Algo triste, sí, pero tenía un novio muerto y un trabajo aburrido como vendedora, así que debía buscar diversión donde pudiera.

—Me vas a llamar abuela —ordenó ella—. Ese vestido es demasiado sexy. ¿Quién va a querer comprar la vaca si estás regalando toda la leche?

—Eso no significa eso —se carcajeó Ariana—. Entonces ¿debería ponerme unos leggings?

—Ari, por lo menos ponte un cárdigan —le rogó su abuela.

—Va a hacer frío más tarde —aceptó Ariana, como si fuera lo más lógico—. ¿Sabes?, no tienes que venir solo para asegurarte de que salga —dijo Ariana—, o para que no me traiga al tipo a casa a tener relaciones —agregó, solo para fastidiarla un poco—. Siempre podemos ir a su lugar.

—No vine por eso —respondió su abuela, escandalizada—. Vine para quedarme con el perro. No quiero que se sienta solo.

El corazón de Ariana se derritió. Sabía que, bajo esa fachada dura, su abuela era una gran sentimental.

—Gracias, abuela. Salami lo aprecia.

—Me llamo Olimpia —dijo, acercándose a Salami, quien salió corriendo a esconderse bajo la cama.

—Por lo menos es callado —añadió sin molestarse por la reacción del perro—. Ahora vete, vas a llegar tarde —dijo empujando

a Ariana hacia la puerta.

La cita era en un restaurante bonito a las afueras del pueblo, y también con el tipo más aburrido del universo. Doug no tenía trabajo, ni pasatiempos, ni pasión, y ningún tema de conversación que no fuera él mismo. Qué imbécil narcisista. Llegó tarde y, sin preguntarle, pidió una ensalada para ella. Todo el episodio fue una falta de respeto. Honestamente, si ese era el mejor partido que su abuela podía encontrar, prefería quedarse soltera para siempre. Ojalá su abuela hubiera arreglado algo con Samuel. Él parecía accesible, divertido y, cuando sonreía, arrugaba la nariz de una forma tan dulce. Quizás podría lanzar algunas indirectas, su abuela conocía a todo el mundo y seguro podría hacer que pasara algo.

—Y por eso no se puede confiar en los bancos —concluyó Doug su historia, y Ariana no tenía idea de cuáles eran esas razones, ni le importaba. Se había desconectado hacía veinte minutos, cuando empezó a hablar sobre una nueva criptomoneda, y aprovechó para pedir un risotto para llevar. Una chica tenía que comer.

—Qué bueno saberlo —contestó Ariana, haciendo una seña a un camarero que pasaba—. La cuenta, por favor.

—¿Ya te quieres ir? —preguntó Doug, sonriendo con picardía, malinterpretando por completo las razones de Ariana.

Ella maldijo no haber ido en su propio coche.

—Sí, ya es tarde y mañana tengo una presentación importante —fingió un bostezo—. Trabajo vendiendo chips inteligentes para autos —explicó. Lo sabría si al menos hubiera hecho el intento de conocerla.

—Sí, claro, ya es tarde, continuemos esto en tu casa —propuso Doug guiñándole un ojo, y Ariana se quedó atónita.

—Necesito ir al baño primero —se excusó, y salió corriendo hacia el pasillo, donde casi hizo que su vecina dejara caer unas bebidas.

—¿Estás bien? —preguntó María.

—Para nada, cita incómoda —le explicó—. Mi cita quiere llevarme a casa.

—Qué dulce —dijo María, soñadora.

—No, *quiere llevarme a casa*. —Ariana hizo comillas con los dedos.

—Oh. —María sacó su teléfono—. Te voy a pedir un taxi. Ven, te sacaré por los jardines, espérame allí. Me aseguraré de que los demás lo distraigan.

Ariana se sintió triste por haber desperdiciado una noche así; podría haber estado en casa viendo *Bridget Jones* con su perro. Su abuela tenía razón: la noche estaba fría. Caminó sin rumbo fijo por los adoquines del jardín. Sabía que ese camino llevaba al estacionamiento público, pero también pasaba por la clínica veterinaria, y se sintió tentada a pasar por allí para ver si Samuel estaba.

Como si su deseo pudiera materializarlo, Ariana lo vio venir en su dirección... pero no venía solo. Caminaba de la mano con una mujer, una bomba sexual al estilo Marilyn Monroe: Dakota.

Capítulo 4

Ariana conocía a esa chica, Dakota Hernández. Habían ido juntas a la secundaria, luego Dakota se fue a estudiar a la capital, mientras Ariana se quedó. Su corazón se hundió al ver a la chica ponerse de puntitas para besarle en los labios, y cómo él le correspondía.

Había sido una tonta. Claro que Samuel tenía novia: era amable, atento y estaba buenísimo; seguramente tenía chicas lanzándose a sus pies todo el tiempo. ¿De verdad esperaba tener una historia romántica con él y contar a los nietos que fue amor a primera vista? Pues no, esto era el mundo real, no un cuento de hadas como los que le gustaba leer a María.

—¿Puede este día ponerse peor? —susurró, y regresó a la puerta trasera del restaurante, con la esperanza de que María ya le hubiera conseguido un taxi.

Una botella de vino y una película cursi, eso la haría sentir mejor. Le encantaban las películas románticas, aunque estuviera destinada a estar sola.

—¡Ahí estás! —exclamó su amiga—. Hemos estado llamando, pero no hay taxis, parece que es hora pico por las funciones de cine.

—Ay, no... ¿Cuándo termina tu turno? Me esconderé por aquí y me voy contigo cuando salgas.

—Dentro de cuatro horas, me temo.

Ariana consideró caminar a casa y maldijo los tacones que llevaba puestos. No iba a lograrlo sin terminar llena de ampollas.

—Maldita sea la vanidad que me hizo escoger los zapatos perfectos para este vestido.

Su obsesión con comprar tacones bonitos siempre terminaba pasándole factura, pero, bueno, una chica necesitaba un pasatiempo.

—Esto nunca me pasaría si viviera en una gran ciudad. Podría simplemente tomar el metro.

—Pero eres una romántica empedernida de pueblo tipo *Hallmark* —le recordó María—. Jamás sobrevivirías en una ciudad como Caracas o Buenos Aires. Acéptalo. Por más que reniegues de los hombres, sigues siendo una romántica.

—Supongo que estás en lo cierto —aceptó Ariana.

Después de todo lo que había vivido, lo único que deseaba era paz. Tenía razón: le gustaba la vida tranquila, el hecho de que todos se conocieran. Ese pueblo era sinónimo de seguridad, conocía a todos, cada calle, cada tiendita de la esquina. Tenía un buen trabajo con un buen sueldo, y vivía en el mismo sitio desde que nació. María había sido su mejor amiga desde el preescolar. La idea de que todo eso cambiara le daba terror. Por eso solía mentir, diciendo que se quedaba por amor al pueblo, cuando en realidad le aterraba dejar la casa donde vivían los recuerdos de sus padres.

—Llévate mi coche, yo me quedo en casa de Jessie. Solo tráemelo mañana, ¿vale? —María le tendió las llaves.

—Gracias, eres una salvadora, mi reina —dijo Ariana, haciendo una reverencia.

—¡Lo sé! —respondió María, imitando a Mónica, de *Friends*.

—¡Deséame suerte! —Ariana volvió al restaurante para informar

a su cita que se marchaba.

—Doug —dijo, con una confianza que no sentía del todo—. Gracias por la cena. Me voy a casa. *Sola*. —Enfatizó la última palabra para que no hubiera confusiones—. Aquí tienes mi parte de la cuenta. —Dejó un par de billetes de veinte en la mesa—. Que tengas una buena noche.

—¡Espera! —Doug se levantó—. ¿Quién diablos te crees que eres?

Ariana vio a María al fondo, lista para lanzarse sobre él. Le hizo una seña con la cabeza: ese tipo no valía ni una advertencia ni un despido.

—Nadie. Me voy a casa —respondió Ariana, fingiendo calma.

—Como sea, ni siquiera eres tan bonita, zorra.

—¿iQué dijiste!? —exclamó Ariana—. ¿Es en serio?

—¿Hay algún problema? —interrumpió Samuel.

¿De dónde había salido? Dakota estaba al fondo, visiblemente incómoda. María estaba a solo unos pasos de Doug, con la bandeja en el aire. Ariana conocía a su amiga: si ese tipo siquiera se le acercaba, terminaría golpeado. El sonido de los cubiertos y las conversaciones se detuvo; todas las mesas ahora estaban más interesadas en el enfrentamiento que en la comida italiana.

—Tu risotto vegano para llevar —dijo el jefe de María, entregándole una bolsa a Samuel. Esta distracción alivió un poco la tensión masculina del momento.

—Gracias —respondió Samuel.

—Ari —dijo María—, tu taxi ya llegó, apúrate.

La mentira salió con naturalidad de los labios de su amiga mientras la empujaba hacia la puerta principal, en dirección contraria al estacionamiento donde estaba el auto de Doug. Astuta María.

Ariana suspiró al ver en lo que se había convertido la noche y

caminó hacia la salida. El jefe de María ya estaba escoltando a Doug por la otra puerta, mientras una Dakota, furiosa, caminaba junto a Samuel a solo unos pasos de ella.

—En serio, esta noche no puede ponerse peor —murmuró Ariana.

Capítulo 5

Ariana cerró la puerta de su apartamento y se quitó los tacones con un suspiro, apoyando los pies en el suelo frío. Lo había logrado, había sobrevivido a otra cita. Para su sorpresa, vio a Salami acercarse moviendo la cola en señal de saludo. Era la primera vez que venía a saludarla, y sintió que el corazón se le derretía; finalmente, estaban progresando.

—¿No eres el mejor perro del mundo? —le preguntó con una voz aguda—. ¡Sí que lo eres! —respondió por Salami, y le cubrió la cabeza de besos—. ¿Abuela? —preguntó con cautela.

Ariana fue a la sala y la encontró profundamente dormida en el sofá. Le revisó la respiración, asustada, pero aparentemente solo estaba en un sueño profundo. Un ronquido repentino hizo que Ari y Salami saltaran. Estaba a punto de despertarla para ofrecerle la cama cuando un golpe en la puerta la sorprendió. Al abrir, Doug estaba allí. Su expresión bastó para que ella supiera que se avecinaban problemas.

—¿Hola? —preguntó Ariana, confundida. ¿Por qué había venido?

—Hola —la imitó Doug—. Soy Ariana y creo que soy demasiado jodidamente buena para estar con Doug porque odio a los chicos buenos.

El fuerte olor a alcohol que desprendía no le pasó desapercibido; junto con su aspecto despeinado mostraba lo que había hecho en la última hora. Ariana intentó cerrar la puerta. Él la bloqueó con el pie para que no pudiera cerrarla.

—No los odio —dijo ella, molesta—. A los chicos buenos —repitió, remarcando cuidadosamente que él no pertenecía a ese grupo. Dio unos pasos hacia atrás y tomó el teléfono—. Ahora sal de mi casa o llamo a la policía.

—¡Todas ustedes, perras, son iguales! —gritó, y Ariana comenzó a marcar.

Un ladrido lo interrumpió cuando Salami se colocó frente a Ariana, protegiéndola. Estaba en alerta máxima, completamente erguido y con la cola rígida.

—¡Controla a tu animal! —exigió Doug.

—Atacará cuando le dé la orden —mintió ella. Dudaba que Salami fuera capaz de morder a alguien; probablemente saldría corriendo si Doug se acercaba, pero estaba aprovechando que tenía un perro grande y con apariencia intimidante.

—¡Bah, ni siquiera eres tan bonita! —gritó al irse por fin.

Ella cerró con llave y se dejó caer en la silla más cercana.

—Buen perro —dijo la abuela.

—¿Escuchaste todo eso? —Ariana temblaba. No estaba segura si era por la rabia o el miedo.

—Sí, y su madre también se enterará. —Su abuela se sentó junto a ella—. No te preocupes, me aseguraré de que no te moleste más, pero, si vuelve, llama a la policía de inmediato.

—Lo haré. ¿Y ahora me prometes que no me vas a volver a arreglar citas a menos que yo te lo pida? No puedo seguir con esto. Siempre me empujas con cualquiera que esté soltero, pero la mayoría de las veces, la razón por la que están solteros es porque

son unos imbéciles.

El estrés de la noche le había pasado factura y Ariana no pudo evitar romper en llanto: por su amor perdido, por haber sido maltratada en una cita, por finalmente gustarle alguien solo para descubrir que está en una relación seria con otra. Sentir solo traía dolor; importar solo traía sufrimiento.

—Lo prometo, Ari. —La abrazó su abuela—. No quiero causarte dolor ni ponerte en peligro, lo siento.

—Gracias. —Ariana sacó un pañuelo de su bolso para secarse las lágrimas. Su abuela sonrió al reconocerlo; era de su difunto esposo, el abuelo de Ari. Tenía las iniciales bordadas. Raphael por él, Olimpia por su abuela.

—Ahora, dame un segundo. —Se levantó y marcó un número en su teléfono—. ¿Isaac? Hola, soy Olimpia, ¿cómo estás esta noche? ¿Turno tranquilo?

Ariana abrió los ojos como platos al escuchar el tono dulce que usaba su abuela con el jefe de policía. ¿Estaba pasando algo entre esos dos y no se había dado cuenta?

—Tengo un favor que pedirte, si no es mucha molestia. ¿Conoces al hijo de Yadira? —Esperó la respuesta—. Sí, ese. Está borracho y ha insultado a mi Ari en su propia casa. ¿Puedes encargarte de eso? —Volvió a esperar—. Genial, muchas gracias. Nos vemos mañana.

—¿Por qué lo verás mañana? —preguntó Ariana, atónita.

—Me voy a casa ya. No te preocupes, Doug no te molestará más.

—¿Por qué lo verás mañana? —Ari repitió su pregunta.

Su abuela la ignoró.

—Que Dios te bendiga, *bye*.

—¿Me llamas cuando llegues? —Ariana no podía comprender lo que acababa de presenciar.

—Por supuesto —dijo su abuela, y la besó para despedirse.

Capítulo 6

Ariana no estaba lista para enfrentar otra situación desagradable después del pánico de la noche anterior, pero no podía escapar de esta. Tenía que llevar a Salami al veterinario para que le escanearan el chip y tenía que ver a Samuel.

No es que no quisiera verlo, al contrario, lo deseaba, y eso estaba mal. Ariana estaba completamente enamorada de él, aunque él tuviera novia. Así que aquí estaba, esperando a que la llamaran, temerosa de su reacción cuando lo viera. Ojalá pudiera comportarse como una adulta y no como una chica de trece años hablando con el chico más guapo de la escuela. Estaba allí por Salami, nada más, se recordó a sí misma.

El pobre Salami estaba temblando, escondido detrás de una silla, sospechando que todo y todos en la sala de espera estaban allí para atraparlo. El corazón de Ariana se llenó de preocupación, los demás perros parecían estar bien, tal vez un poco asustados o aprehensivos, pero no estaban entrando en pánico. ¿Por qué su bebé estaba sufriendo tanto? Tal vez debería buscar ayuda especial para él.

—Por favor, pase, señorita Ariana —dijo Lukas, el otro veterinario que trabajaba en la clínica, y Ariana secretamente se alegró de que

Samuel no fuera el que la atendiera ese día.

—¡Ayuda! —Una persona vestida completamente de blanco entró corriendo y agarró al veterinario—. Es una emergencia, necesito un veterinario, por favor, venga conmigo.

Ariana no pudo verle el rostro, pero esa voz le sonaba familiar. Aunque estaba segura de que pertenecía a alguien del pueblo, no podía recordar cuándo la había escuchado antes. Salieron disparados hacia la calle, la persona de cabello negro y largo arrastrando al veterinario por el brazo.

—Lo siento, señorita —dijo la recepcionista—. Tan pronto como el otro veterinario esté libre, atenderá a su perro.

—Claro, no hay problema —respondió Ariana. Sabía que el otro doctor era Samuel. Parecía que el universo quería empujarlos a estar juntos.

Su celular sonó y reconoció el tono especial. Había una emergencia en el trabajo, y maldijo entre dientes. El nombre de Njinga aparecía en la pantalla.

—Ariana Cooper al habla —contestó.

—¿Dónde están los contratos del modelo XDR-6547? —preguntó su jefa sin siquiera decir hola.

Era tan típico..., nunca recordaba dónde tenía la cabeza y le echaba la culpa a los demás. Pero era vieja y le pagaba muy bien, así que usualmente se salía con la suya.

—¿Dónde los pusiste después de que te los entregué ayer? Los discutimos tras el almuerzo.

—No sé, pero vas a tener que venir e imprimírmelos de nuevo.

—No, no lo haré.

—Ariana, por favor, ven. No logro encontrar los contratos.

—Es sábado. Además, no puedo ir, estoy ocupada. Estoy en la clínica veterinaria.

—¿Está enfermo tu perro nuevo? —preguntó Njinga con preocupación en la voz. Ella era alérgica y no podía tener uno, pero los adoraba.

—No, estoy haciendo papeleo.

—Hazlo otro día, esos documentos tienen que salir hoy. —Su jefa sonaba desesperada.

—Sí, por eso te los entregué ayer —dijo Ariana con calma—. ¿Recuerdas qué hiciste con ellos?

—Tienes que venir, solo soy una jefa pidiéndole a una chica que venga a ayudar —Njinga suplicaba, tratando de convencerla con su película favorita.

—No puedo. Salami no puede entrar a la planta porque es peligroso. Para cuando lo deje en casa y conduzca hasta allí, la oficina de correos estará cerrada —explicó Ariana, ya que la fábrica estaba a unos minutos fuera del pueblo.

Mientras Ariana intentaba explicarle a Njinga cómo volver a imprimir los contratos, Samuel apareció y le quitó la correa de Salami de la mano.

—Voy a llevar al perro —susurró. Su aroma a sándalo y cuero la distrajo de inmediato.

—Solo ven, por favor —rogó su jefa una vez más, sonando al borde de las lágrimas. La tecnología no era lo suyo; lo suyo era hablar muchos idiomas y calmar a los inversores internacionales, pero enfrentarse a una impresora era un gran no para ella—. Te pagaré por las horas. Por favor, yo me quedo con Salami afuera, incluso recojo su caca —suplicó.

—No, ya metieron al perro a consulta. Sería embarazoso irme ahora.

—Te pagaré una tarifa triple.

—Maldición, te juro por Dios, las cosas que me haces hacer —

dijo Ariana, aceptando la oferta que no podía rechazar—. Solo dame unos minutos y encontraré una solución.

—Ok. —Njinga terminó la llamada sin despedirse. Ariana maldijo y miró a su alrededor en busca de su perro.

—Está justo a través de esa puerta —dijo la recepcionista.

—Hola, Samuel —saludó Ariana al entrar en la sala de examen, y se sorprendió al ver a Salami lamiéndole la cara, ese traidor. Le había costado semanas ganarse su confianza y, ¿en solo unos minutos con él?

—Por favor, llámame Sam —pidió él—. Después de todo, tu perro ya llegó a primera base conmigo. —Ariana soltó una risa—. Quieres actualizar la información del chip, ¿verdad? —preguntó. Un mechón de su cabello cayó sobre su frente y ella reprimió las ganas de tocarlo; en su lugar, acarició a Salami.

—Sí, por favor —dijo, impresionada de que lo recordara—. También quiero preguntarte tu opinión sobre su comportamiento. ¿Es normal que esté tan asustado todo el tiempo? Salami tiene muchas dificultades al estar fuera de casa. Empiezo a preocuparme.

—Puede ser algo genético o tal vez solo es el período de adaptación. ¿Ves esto? —Señaló una cicatriz en su hocico—. Es una herida típica de un perro usado como carnada en peleas ilegales.

—¡Pero él es tan buen chico! —dijo horrorizada—. ¡No es violento en absoluto!

—Lo es —coincidió Sam—. Salami solo tiene que aprender a ser un perro. Aun así, te daría la tarjeta de un adiestrador canino por si esto se vuelve abrumador para ti o si en unas semanas no se relaja al menos un poco.

—Gracias. Mi pobre bebé.

Samuel le entregó la tarjeta y, por un instante, sus dedos se rozaron, provocándole un cosquilleo. Él la miró fijamente. ¿Lo estaría

sintiendo también? Su mirada intensa provocó una risa tonta en la garganta de Ariana, la misma que tenía cada vez que Zac Efron aparecía en la televisión. Su enamoramiento por Samuel, Sam, crecía exponencialmente.

—No pude evitar escuchar tu llamada —dijo Sam, disculpándose—. Si necesitas trabajar, puedo cuidar al perro por unas horas. Hoy no hay muchos pacientes programados.

—Es una gran oferta, muy amable de tu parte, pero no quisiera imponerme —contestó Ariana.

—No es así —respondió él, mientras le daba a Salami una galleta tipo limpiador de dientes.

Ariana no pudo evitar pensar que Salami lo prefería a él más que a ella. Parecía que ambos tenían debilidad por el chico.

—Realmente no me molesta —añadió Sam.

—En ese caso, solo iré rápido a la oficina. De verdad me vendría bien el dinero extra, pero voy a llamar ahora a mi abuela para que venga a recoger a Salami lo antes posible. Te daré su información de contacto.

La verdad era que no quería llegar tarde por la noche a recoger al perro y estar a solas con Samuel, sentía que podría hacer algo estúpido, como tirarse a sus brazos.

Capítulo 7

—Ari, por favor, pásame la sal —dijo su abuela. Después de recoger a Salami en el veterinario, había decidido quedarse y cocinar durante todo un mes, al parecer. A veces llegaba a la conclusión de que Ariana estaba «demasiado flaca» y se iba a su departamento a cocinarle un montón de comida y dejarle la nevera llena de *tuppers*.

—Aquí tienes, ¿vas a terminar? Quiero esto para cenar —preguntó Ariana, mirando la olla llena de frijoles negros que moría por comer.

—No deberías estar cenando en casa un sábado por la noche —opinó su abuela con severidad.

—Pero lo haré, estoy cansada y solo quiero mirar televisión con Salami.

—Ari, lo siento tanto..., me vas a matar —dijo su abuela, metiendo una olla en la nevera en el juego de Tetris más raro del mundo—. Por favor, no me odies.

—¿Qué hiciste? —Ariana estaba confundida. No había nada que su abuela pudiera hacer para que la odiara; era su roca, su persona, la que estuvo a su lado mientras sus padres ausentes se la pasaban de fiesta al otro lado del océano.

—Tienes una cita esta noche —confesó la abuela.

Ariana estaba horrorizada.

—Ay, no, otra vez no. Por favor, dijiste que ibas a parar.

—¡Lo sé! Te lo prometí, y nunca rompería una promesa si no fuera importante. Lo siento mucho, pero hace tiempo le prometí a Clotilde que saldrías con su nieto cuando viniera de visita.

—No, por favor —suplicó Ariana. Ni siquiera conocía a ese tipo.

—Solo una última vez, por favor. Me volveré la payasa de la iglesia si no lo haces. Ya sabes cómo es Clotilde.

—¿Por qué tengo que pagar las consecuencias de que tengas una enemiga-amiga, abuela? ¿Por qué no te buscas un hobby? ¿O un novio para ti?

—¡Jamás! —Su abuela creía que volver a casarse estaba mal, por razones tontas y pasadas de moda—. Él acaba de llegar al pueblo y no tiene amigos. Puedes ser su amiga. Sé que no es el veterinario que tanto te gusta, pero dale una pequeña oportunidad.

—¿El veterinario? —dijo Ariana, pasmada. ¿Cómo sabía ella de sus sentimientos por Sam?—. ¿Qué quieres decir?

—No me finjas sorpresa, niña, yo te cambié los pañales. Te conozco, te gusta, y claramente él también siente algo o no se habría ofrecido a cuidar a un perro por ti.

—No le gusto, tiene novia, solo fue amable. —Omitió convenientemente el hecho de que sí, en realidad, le gustaba.

—Tener novia no es estar casado —bromeó su abuela—. Si tan solo dejaras de sabotear la atención de todos los hombres solo porque sientes que estás siendo infiel a Izrail...

—¡Eso no es verdad! No es por eso, es para que tú pares. — Ariana estaba sorprendida, su abuela nunca había sido tan directa con ella antes; solían evitar hablar de sus sentimientos.

—Tal vez lo haces inconscientemente, pero ¿no crees que a él le gustaría verte feliz? Con un hombre que te cuide.

—No necesito que me cuiden, estoy bien —estalló Ariana.

—Tal vez económicamente sí, pero ¿y tu alma? En ese aspecto no estás bien. Izrail no querría que te quedaras estancada en la vida para siempre, temerosa de cambiar nada de cómo era cuando él vivía.

—¿Estoy estancada en la vida? —preguntó Ariana, asombrada.

—No me lo preguntes a mí, pregúntatelo a ti misma. ¿Quién es la que hace exactamente lo mismo desde hace años? Ni siquiera cambiaste tu marca de pasta de dientes porque era la que él usaba.

Su abuela tenía razón. Había permanecido en el mismo puesto de trabajo por miedo a postularse a una promoción. Nunca más había salido en una segunda cita. Lo único audaz que había hecho fue adoptar a Salami, y había sido genial tenerlo. Tal vez debería intentar cosas nuevas.

—¡Adopté un perro! —dijo Ariana triunfante.

—Eso es solo el comienzo. Cariño, te amo, pero es hora de salir de tu burbuja, te estás perdiendo la vida.

—Conseguir un hombre no es la única manera de vivir plenamente.

—Entonces haz otra cosa. Pide un ascenso, reserva un vuelo a Europa. Quiero que vivas. Empieza saliendo hoy. Y no lo hagas por mí. Intenta al menos hacer un nuevo amigo con el nieto de Clotilde, él no tiene nada que ver con ella y, por lo que escuché, le vendría bien algo de compañía.

—Está bien, supongo que puedo tener un nuevo amigo.

Capítulo 8

—Entonces, vuelvo a Dinamarca en dos semanas —dijo Bernhard, la cita de Ariana esa noche. Estaban en el restaurante favorito de Ari—. Pero espero poder regresar antes de Navidad para pasar más tiempo con mis abuelos.

—Qué bien, seguro que están contentos —sonrió Ariana.

La estaba pasando genial. Parecía un buen tipo, tenía un trabajo interesante, era atractivo y respetuoso. Había una pequeña diferencia de edad, ya que él acababa de cumplir cuarenta, pero las canas solo aumentaban su encanto. Ariana se esforzaba por sentirse atraída hacia él, por no sabotear esta cita, pero, mientras lo observaba, no sentía nada.

—Sí, sé que mi abuela y tu abuela tienen una especie de guerra declarada, pero me alegra que logran organizar esto. He estado mayormente leyendo en la posada, no conozco los lugares *cool* del pueblo.

—No hay lugares *cool* —explicó Ariana—. ¡Es nuestro secreto! Solo comemos en un lugar y nos metemos demasiado en la vida de los demás para pasar el tiempo.

—Eso, al menos, es más barato que una suscripción de televisión por cable.

—¡Exacto! —Ariana se reía a carcajadas, y las mesas cercanas ya estaban algo molestas—. Apuesto a que la mitad de las personas acá van a llamar a mi abuela en media hora para contarle lo escandalosa que estoy siendo.

—Entonces ¿quieren el especial de «mi abuela me consiguió esta cita»? —se mofó María, acercándose a la mesa para tomar el pedido—. ¿O el «le voy a dejar la mejor propina de la historia a mi mejor amiga»?

—Voy a pedir el risotto y vino, gracias, pero sí quiero el «descuento por tener una mejor amiga idiota», favor —bromeó Ariana.

—¿Y para el caballero?

—Voy a probar la polenta, por favor. ¿Puedes indicarme dónde está el baño?

—Al final del pasillo, la puerta a la izquierda —dijo María distraídamente, anotando los pedidos y dejando la carta de vinos sobre la mesa.

—Vuelvo enseguida —se excusó Bernhard, caminando hacia el pasillo, mientras los curiosos del restaurante lo seguían con la mirada. Que llegara un segundo hombre al pueblo tan poco tiempo después de Samuel era demasiado material para comentar en un lugar normalmente tranquilo.

—El baño siempre es la puerta de la izquierda —dijo Ariana con tono solemne.

—¡Es cierto! ¿Habrá alguna regla arquitectónica que no conocemos? —se preguntó María.

Ariana se encogió de hombros.

—Tu conjetura es tan válida como la mía.

—Tal vez todo esto es una simulación, tal vez estamos en la Matrix —dijo María, haciendo de payasa.

—O peor, estamos en Los Sims —añadió Ari con seriedad fingida.

—Pero, hablando de la vida real y de hombres reales —susurró María—, solo te aviso: el veterinario lindo que trabaja al lado te está mirando desde la mesa junto a la ventana, pero te está mirando *intensamente*. Como *caliente e intenso*. Como *quiero sacarte de este lugar y verte desnuda* de intenso. Después me vas a tener que contar qué carajo pasa entre ustedes dos. —Y se fue.

Ariana miró hacia su izquierda y vio a Sam. Tal como su amiga había dicho, él la estaba mirando. Su mirada le provocó escalofríos y su corazón dio un vuelco al recordar que no estaba muerta por dentro, solo era lo bastante tonta como para gustarle el novio de la chica más hermosa del pueblo. No podía evitar sorprenderse de que Sam también estuviera ahí, a solo dos mesas de distancia. Él parecía estar en todas partes, y aunque el pueblo era pequeño, esto ya rayaba en lo inverosímil. Había otro restaurante a solo unos kilómetros, y decidió que empezaría a ir allí.

Ariana sonrió y saludó a Samuel, y él le devolvió la sonrisa con picardía. Y lo sintió otra vez, esa conexión que siempre aparecía cuando estaban juntos. Pero, entonces, alguien le agarró el brazo, Dakota, y le dijo algo al oído, desviando su atención. Había dos personas más en la mesa, eran mayores y Ariana solo podía verles la espalda, así que asumió que eran los padres de Dakota.

—Ya volví —dijo Bernhard, regresando a la mesa, y la cita continuó.

Capítulo 9

—Puedes notar un toque de cáscara de naranja —dijo Bernhard, dejando su copa sobre la mesa y observando la botella de Montepulciano.

—Sí —mintió Ariana.

Todo lo que sabía sobre vino era cómo tomarse una botella entera sola. La compañía era agradable, él era un gran conversador y le contaba sobre sus viajes por Europa y catas de vino. Pero no podía evitar mirar toda la noche hacia la mesa de Sam, en lugar de prestar atención a las vendimias en Italia o el otoño en Burdeos. La burbuja divertida que se había formado durante la cena estalló en cuanto se dio cuenta de que Samuel estaba allí, y lo único que le quedó fue confusión y angustia.

¿Por qué tenía que venirse a este pueblo a desordenarle la cabeza? Ariana había evitado este tipo de problemas durante años, solo para que cayeran justo en su camino. La vida era tan injusta... ¿Acaso no había pasado ya por suficiente? ¿Podía el universo darle un respiro?

—Sé bastante como para notar que esto no está yendo bien —dijo Bernhard sin alegría, trayéndola de vuelta a la conversación.

—Lo siento mucho, te juro que voy a prestar más atención. Es

solo que... —¿Cómo explicarle que el costado del cuello de Samuel, cuando se giraba a hablar con los de su mesa, la estaba provocando? ¿Que no podía dejar de pensar en lamerle ahí?—. De verdad lo siento —se disculpó Ariana, avergonzada. Él no merecía eso, era educado y amable, y merecía su atención, aunque ella no pudiera obligarse a sentir algo por él.

—Está bien —dijo él—. Al corazón no se le puede mandar. ¿Quién es él?

—Es solo mi veterinario —confesó con tristeza, incapaz de aceptar o de decir en voz alta lo que sentía por él—. Esa es su novia. No veía a Dakota desde que tenía catorce años, y ahora volvió con él. Se dice por ahí que está organizando una fiesta por el aniversario número veinticinco de sus padres y que ambos se quedarán en el pueblo indefinidamente.

—Ya veo. Parece que la cosa va en serio entonces. Lo siento.

—Yo también lo siento. Pero he pasado por cosas peores.

—También lo he oído. Lo siento.

—Y quiero pedirte disculpas. Esta fue, de lejos, la mejor cita que he tenido en mucho tiempo, hasta que la arruiné distrayéndome por un par de ojos negros.

—Está bien. Espero que igual podamos ser amigos. ¿Quieres ver el partido mañana?

—¿Qué partido? —Ariana no estaba al tanto de ningún deporte en esa época del año. La única temporada que le interesaba era la de básquet.

—No sé, pero seguro que en alguna parte del mundo hay uno que podamos ver. No mentía cuando te dije que paso mis días solo en la posada.

—Dale. —Ariana le sonrió—. Hay un bar deportivo en el pueblo de al lado, tienen la mejor salsa picante.

—Eso lo quiero probar.

Una discusión captó su atención y vieron cómo los adultos se levantaban de la mesa y se iban. Parecían molestos, y la novia de Samuel estaba al borde de las lágrimas.

—¡Estoy harta! ¡Creo que deberíamos romper! —gritó Dakota, dejando a todo el restaurante y a Samuel con la boca abierta.

La gente había dejado de comer y miraba sin disimulo lo que ocurría. El padre de Dakota se apresuró a pagar mientras ella y su madre salían del lugar.

—Parece que se te abrió una oportunidad —dijo Bernhard, haciendo que a Ariana le entrara el pánico.

Samuel seguía allí, de pie, sorprendido. Ariana quería correr hacia él, consolarlo, abrazarlo, prometerle que todo estaría bien, pero el peso en su pecho, ese mismo que le recordaba cómo se sintió al perder a Izrail, la mantuvo en su lugar.

Capítulo 10

Samuel se detuvo junto a un árbol para recuperar el aliento. Llevaba más de veinte minutos corriendo y ya estaba cansado. Le gustaba esa ruta; una chica con un disfraz extraño le había vendido un mapa con los caminos transitables por el pueblo, y ese pasaba cerca de su casa, así que decidió probarlo. Sentía calor, así que se quitó la camiseta para secarse el sudor de la frente. Hacía frío, pero estaba cerca de casa. Podía soportarlo. Soltó todo el aire de los pulmones, intentando relajarse.

Habían pasado tres días desde que Dakota había terminado con él. Samuel sentía tristeza, pero también alivio... y tristeza por sentirse aliviado, junto con culpa. Era lamentable que una relación seria hubiese terminado por una discusión sobre dinero para una fiesta que ni siquiera era para él. Aunque Samuel sabía desde hacía tiempo que él y Dakota no estaban destinados a estar juntos, y que mudarse allí había sido un error, todavía deseaba que las cosas hubieran sido distintas, que la ruptura hubiera sido amistosa y no con medio pueblo como testigo.

Había empezado a trotar por el bosque, lejos de las rutas más transitadas, intentando evitar encontrarse con alguien dispuesto a pararlo para pedir detalles del drama. Eran las desventajas de vivir

en un pueblo chico; en la capital, la gente ni siquiera sabía quién era. Salvo por eso, el pueblo tenía su encanto: los edificios coloridos, el bosque cercano y las montañas que le daban aire fresco. Y el alquiler era muy barato.

Cuando Dakota lo llamó para decirle que la ruptura era definitiva y que mandaría a alguien a recoger sus cosas, se preocupó. Tenía que elegir entre quedarse allí o volver a casa. Necesitaba despejar la mente, y un poco de aire fresco siempre ayudaba. A pesar del frente frío propio de un falso otoño típico de estas latitudes al que no estaba acostumbrado, se dio cuenta de que era justo lo que necesitaba. La soledad y el aroma a pino tenían un efecto calmante sobre él.

Siempre podía volver a la capital; se había mudado hacía solo unas semanas, pero allá no lo esperaba nadie. Al menos en ese lugar tenía un buen trabajo y la gente había sido amable. Probablemente, una vez que el chisme de la ruptura se apagara, todo estaría bien. Solo necesitaba tranquilizarse un poco y enfocarse en el trabajo.

—¡Ayuda! —se escuchó un grito desde el bosque—. ¡No, Salami, ven aquí!

Samuel reconoció esa voz al instante y corrió hacia ella. Era Ariana, la chica que invadía sus sueños.

—¿Ariana? ¿Estás bien?

El perro corrió hacia él para saludarlo, visiblemente angustiado.

—¿Qué pasó?

Ella estaba sentada en el suelo, con el tobillo hinchado.

—Me caí y me lastimé, y no traje mi teléfono para pedir ayuda. ¡Estos leggings no tienen bolsillos! —explicó—. Mi abuela siempre me decía que no corriera sola en el bosque y no puedo creer que tuviera razón. ¡Mi abuela siempre tiene maldita la razón!

—Yo tampoco tengo mi teléfono —respondió él, divertido por su enojo. Se estaba haciendo de noche y el frío se intensificaba—. Tenemos que sacarte de aquí.

Samuel tomó la correa de Salami y la ató a las presillas de su pantalón. Ariana tenía moretones y rasguños por todas partes. Un fuerte impulso de protegerla se apoderó de él; no había forma de negar que sentía algo muy fuerte por ella. No podía dejar de mirarla cada vez que salía con el perro, sonriendo, y cuando la vio con otro chico la otra noche, no pudo evitar desear que esa atención fuera para él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ariana, sorprendida, al sentir que él la levantaba en brazos y empezaba a caminar por el sendero.

—Vivo cerca —dijo él. No pudo evitar aspirar su perfume con aroma a vainilla—. Te voy a llevar hasta a casa, y desde ahí podemos llamar a una ambulancia y ponerte hielo en el tobillo. No te preocupes, amor, todo va a estar bien.

Capítulo 11

—Hubo un accidente en la carretera y la ambulancia no puede pasar —dijo Samuel, preocupado—. Al parecer, un camión transportaba productos químicos peligrosos y necesitan limpiar la zona con protocolos especiales. Dijeron que podrán venir en un par de horas, quizás más. Solo están atendiendo emergencias que pongan en riesgo la vida, y un esguince de tobillo no entra en esa categoría.

—Genial —bufó Ariana, hundiéndose más en el sillón mientras él colocaba una bolsa de hielo sobre su tobillo.

—Puedo llevarte cargando al hospital, solo déjame buscar una camiseta —ofreció Samuel.

—No, por favor, el hospital está demasiado lejos —dijo ella rápidamente. No quería incomodarlo... ni dejar de mirar esos pectorales perfectos. Esa vista la tenía desquiciada desde el bosque. Ser llevada en brazos por él, piel con piel, había encendido algo que el dolor de tobillo no lograba apagar—. Seguro no es nada —añadió.

—¿No quieres que te revisen?

—Me he caído así antes. Puedo esperar a que reabran la carretera. Nada que un analgésico no solucione. Eres veterinario, apuesto a que tienes pastillas buenas.

—Tengo —se rio—. Más que nada para vacas, pero tengo algo mejor. Dame un minuto.

Salió corriendo de la habitación, aún sin camiseta, y ella lo celebró en silencio.

—¿Es vino? ¿Ron? Acepto lo que sea. En realidad lo peor fue el susto, necesito un calmante —dijo ella, mientras lo oía revolver algo en el fondo.

—¡Un momento! —gritó desde el otro cuarto.

—Yo esperaré aquí, no es como que pueda moverme —bromeó Ariana, suspirando con fuerza.

La tensión del día la tenía agotada. Salami dormía tranquilo sobre la alfombra. El apartamento tipo estudio era pequeño, pero estaba limpio y decorado con muebles de estilo industrial. Ariana aprovechó para echar un vistazo a su colección de libros, que estaba al alcance del sofá. En la mesa había uno con un separador, y se sorprendió al ver que era el mismo que ella estaba leyendo.

—¡Ta-da! —anunció Samuel, entrando con una caja gris en las manos.

—¿Eso tiene licor o ibuprofeno?

—Es una máquina de rayos X. La uso para visitas a domicilio, puedo ver si tu tobillo está roto.

Mientras acercaba el aparato y retiraba la bolsa de hielo, su olor la envolvió. Ariana deseó lamerlo. Su perfume, una mezcla de cachemira y sándalo, con el sudor, la estaba volviendo loca.

—Ah, ¿ahora también tratas humanos? —preguntó, coqueta.

—Shhh, el doctor está en sesión —respondió él con una sonrisa pícara.

El corazón de Ariana dio un vuelco. Qué guapo estaba, y cuán cuidadoso y dulce se mostraba con ella, como un caballero de armadura brillante.

—Sí, definitivamente es un esguince —dijo Samuel, sin notar su mirada embelesada—. Deberías descansar unos días, pero estarás bien. ¿Quieres llamar a tu abuela?

—Sí, por favor.

Él le pasó su teléfono y salió para dejarla hablar en privado. Ariana llamó a su abuela, pero esta no contestó. Luego llamó a María, pero estaba enferma con fiebre alta y no podía salir.

Samuel volvió con un cuenco de agua para Salami y un vaso para ella.

—Qué atento, gracias. ¿Quién diría que un tipo como tú podría ser tan considerado?

—Por eso no se puede juzgar un libro por su portada.

—Tienes razón —respondió Ariana, sorprendida de oír de su boca su propio lema personal—. Pero, de verdad, gracias por cuidarme tan bien.

—De nada. ¿Tuviste suerte?

—Samuel, ¡estoy atrapada aquí! —dijo con tristeza, devolviéndole el teléfono—. Mi abuela no contesta, María no puede venir. Podría llamar un taxi, pero no aceptan perros. No sé qué hacer.

—Salami puede quedarse aquí si lo necesitas, pero preferiría que no te fueras sola estando herida. No puedes caminar con ese pie. Esperemos a tu abuela. Mientras tanto, te voy a cocinar algo. ¿Tienes alguna alergia?

—Ninguna. Eres mi salvador —dijo ella, fingiendo desmayarse como una damisela en apuros.

—No te sentirás así cuando te des cuenta de que por «cocinar» me refiero a presionar el botón de «descongelar» en una caja para microondas.

Capítulo 12

—Sigo sin tener suerte —dijo Ariana con un suspiro.

Habían pasado un par de horas y su abuela seguía sin contestar. Le había dejado un mensaje de voz, pero el silencio comenzaba a parecerle extraño. No es que le molestara estar atrapada con Samuel —al contrario, estaba disfrutando de su compañía mucho más de lo que quería admitir—, pero, mientras más tiempo pasaba allí, más miedo le daba estar abusando de su amabilidad. Samuel, sin embargo, parecía completamente tranquilo.

—Estaba pensando... ¿tú podrías venderme un coche?

—Oh, no, eso no es lo que hago —respondió Ariana entre risas—. Pero, si vienes un día, puedo presentarte a un vendedor honesto. Así, al menos, no te estafan.

—Eso también me sirve —dijo él, sonriendo—. Lo agradecería. Entonces ¿a qué te dedicas?

—Vendo piezas a otras compañías automotrices. Chips inteligentes. Un trabajo corporativo aburrido y normal.

—Pero, si no fuera por ti, muchos coches ni siquiera funcionarían —respondió con ese tono suave y sincero que lo caracterizaba.

Antes de que pudiera contestar, un mechón de cabello cayó sobre su frente y, sin pensarlo, Ariana se lo acomodó con la mano.

Sus dedos se demoraron un segundo más de lo necesario. Sus miradas se cruzaron.

Los ojos oscuros de Samuel la atraparon. Algo invisible pero fuerte se formó entre ellos: una oportunidad. Su mano subió lentamente hasta la mejilla de Ariana, cálida, ligera, sin presión, solo... esperando. Solo haría falta un leve movimiento para que sus labios se encontraran.

¿Debería?

¿Podía?

¿Él querría?

Beep. El microondas.

Ariana se sobresaltó y el momento se rompió.

—La cena está lista —dijo Samuel con una sonrisa ladeada mientras se levantaba y se dirigía a la cocina.

Ella maldijo en silencio.

—¿Sabes? —comentó mientras cenaban—. Estos frijoles saben igual a los que hace mi abuela.

—Los hizo ella —explicó Samuel mientras masticaba—. Olimpia vino al consultorio el otro día con un montón de *tupperwares* para agradecerme por cuidar a Salami. Su comida me ha salvado la vida después de los turnos largos que hago a veces.

Ariana entrecerró los ojos, sospechando. Eso sonaba exactamente a algo que haría su abuela —no solo como agradecimiento, sino también como táctica de espionaje y Cupido encubierto—. Olimpia era famosa por eso. Una fuerza imparable de chismes y buenas intenciones.

—Si te dio de comer, es porque le caes bien —murmuró Ariana—. Aunque le cae bien casi todo el mundo, no todos reciben sus frijoles negros.

—Tal vez consiga que me dé la receta.

—No te hagas ilusiones —respondió con tono dramático—. Es una receta familiar. Bueno, no tan secreta. El truco era el cilantro. Mucho cilantro.

—¿Tienes sueño? —preguntó él más tarde, al verla bostezar.

—¡Ay, lo siento mucho! —respondió ella, sonrojada—. ¡No quiero darte más molestias! Es solo que ya es algo tarde, y de verdad me da pena seguir abusando de tu ayuda.

Habían pasado toda la noche hablando como si se conocieran de toda la vida —riendo sobre mascotas, compartiendo recuerdos de infancia—. Samuel le había contado todo sobre su hermano gemelo, y ella había hablado de su vida con su abuela, incluso mencionó a Izrail. No lo había planeado, pero con Samuel, se sentía... segura. La conversación fluía naturalmente. Él era de esas personas que hacían que incluso el silencio se sintiera cálido.

—Me alegra que te hayas quedado —dijo él—. De verdad. Prefiero que estés aquí y no sola en el bosque con el tobillo así. Quédate esta noche. Es lo más lógico.

Era lo lógico.

Por supuesto que lo era.

Había, sin embargo, un pequeñísimo problema.

Solo había una cama.

Capítulo 13

Samuel estaba enamorado de esa mujer. Si pudiera, le pondría un anillo en el dedo ahora mismo. La abuela de Ariana la había llamado para decirle que no iba a poder ir, estaba atrapada al otro lado del accidente y se quedaría en casa de una amiga con la que jugaba dominó, así que, definitivamente, estaba varada allí. Samuel, en secreto, se alegró de tener la oportunidad de pasar más tiempo con ella.

La ayudó a ir al baño y la sentó en una silla dentro de la ducha, luego esperó afuera mientras Ariana se duchaba rápidamente con la ayuda del asiento. El solo hecho de saber que ella estaba al otro lado de una puerta lo ponía nervioso, como si su piel hormigueara. Una vez que estuvo limpia y vestida con una camiseta enorme que él le prestó, lo llamó y él la cargó hasta la cama. Esa chica perfecta estaba usando su ropa y acostada en su cama... Era lo mejor que había visto en su vida.

—Puedo dormir en el sofá —insistió ella—. Está bien, soy pequeña. Ya me ayudaste demasiado. No quiero quitarte una buena noche de sueño.

—Ni hablar —dijo él, decidido. Su madre lo había criado como a un caballero, y preferiría dormir en el suelo antes que incomodarla

—. No voy a dejar que duermas en el sofá.

—¿Estás seguro?

—Sí. Por favor, acepta esta solicitud de dormir en mi cama —le pidió, mientras ponía una almohada debajo de su tobillo.

—Casi se me había olvidado el dolor —dijo ella, sinceramente. Y él lo entendía. Se sentía igual. Tenerla ahí, tan cerca, después de ese momento casi-beso... Verla con esos ojos enormes llenos de preguntas. Por un instante olvidó que debía estar cuidando su lesión, no fantaseando con los posibles lugares de la casa donde podrían hacer el amor.

—¿Puedo traerte algo más? —le preguntó una vez que estuvo cómoda y arropada. Incluso le había traído su único calefactor para que no tuviera frío. Salami dormía tranquilo sobre un cojín grande, como el perro perezoso que era.

—Estoy bien. ¿Estás seguro de que tú vas a estar bien?

—Claro. Después de tantas noches durmiendo en una clínica veterinaria, puedo dormir en cualquier parte.

—Podrías dormir aquí —soltó de repente Ariana, sorprendiéndolo. Por un segundo, la imagen de ambos desnudos, con las piernas entrelazadas, le nubló la mente.

—¿Aquí... en la cama contigo? —preguntó, algo desconcertado.

—Sí, la cama es lo suficientemente grande. No veo por qué no podríamos compartirla.

—Supongo que sí... si estás completamente segura.

—No duermes desnudo, ¿verdad? —dijo ella en tono burlón.

—Oh no, descubriste mi secreto. Por favor, no se lo digas a nadie —contestó él, cubriéndose la cara fingiendo vergüenza.

—¡Se lo voy a contar a todo el pueblo! —exclamó ella riendo a carcajadas.

—¡Entonces yo diré que roncas!

—¡Yo no ronco! —le dijo, y le pegó con la almohada, pero, al hacerlo, su peso cayó sobre el tobillo herido y se quejó de dolor.

—Por favor, ten cuidado —pidió él, acomodándola de nuevo en la cama—. Me quedaré aquí solo para asegurarme de que no te hagas daño por traviesa.

Inmediatamente se dio cuenta de lo sexual que sonaba eso y decidió hacerse el desentendido. Ariana se acostó de lado para poder apoyar el tobillo cómodamente, mientras Sam agarraba una manta y se acomodaba en el otro lado de la cama.

—Palabra de honor que vas a mantenerte vestido toda la noche —bromeó.

—Lo juro, jamás me atrevería a soñar con tener una oportunidad con Ariana, la rompecorazones del pueblo. Aunque esté durmiendo en mi cama —confesó.

—No soy una rompecorazones —dijo ella, sorprendida.

—¿Estás segura? Cada vez que te veo estás con un tipo distinto, como si la mitad del pueblo hiciera fila para casarse contigo —le confesó. Había visto sus citas y cómo la miraban los hombres—. Pero ¿quién los culpa? Si yo fuera ellos, me saltaría la fila, haría trampa, lo que fuera por ser el primero... y luego te cuidaría hasta que nos entierren en la misma tumba.

Tranquilo, corazón enamorado, se reprendió Sam. No era el momento de incomodarla.

—¿Y qué pensarías si te dijera que nunca hubo una segunda cita con ninguno de ellos? —dijo ella tras un largo silencio.

—Tal vez no eran los indicados. El chico correcto te haría sentir lo suficientemente segura como para querer verlo una segunda vez.

—Es un buen deseo —respondió ella, por fin—. Buenas noches, Samuel.

Ariana apagó la luz de su lado de la cama.

—Buenas noches, Ariana.

Capítulo 14

Ariana estaba cómoda y abrigada. Normalmente se despertaba con frío, buscando una manta extra y deseando tener cinco minutos más para dormir. Pero hoy se sentía renovada. Una cálida «almohada» la rodeaba, y se imaginó que así debía sentirse el paraíso. De pronto recordó los eventos de la noche anterior y se dio cuenta de que no era una almohada la que la calentaba: era el torso de Sam. Su cabeza descansaba sobre su pecho, mientras que el brazo izquierdo estaba sobre su cintura, sus piernas estaban entrelazadas y su mano descansaba sobre su cadera. Lentamente, la retiró, con cuidado de no despertarlo.

Se tomó un momento para observarlo de cerca. Samuel era tan guapo, incluso con el cabello revuelto de la mañana y una barba de dos días que ella sabía ocultaba un hoyuelo en la barbilla. Decidió que nunca se cansaría de mirarlo. Movi6 el brazo, permitiéndole enfocarse en 6l. No estaba extremadamente musculoso, pero evidentemente hacía ejercicio. Tenía manos limpias, con uñas cortas. Todos esos años en los que su abuela la había presionado para que se casara podrían haberse evitado si ella supiera que existía un hombre así disponible. Despertar cada mañana y ver el rostro de Sam se había convertido en su único deseo.

Echó un vistazo rápido a su perro, que seguía roncando plácidamente en la alfombra, y luego volvió a mirar a Samuel. Tenía muchísimas ganas de ver sus ojos tan de cerca, pero antes de que él se despertara y la escena se volviera incómoda, decidió trasladarse poco a poco al otro lado de la cama. Sería desagradable alejarse después de haber deseado tanto su contacto físico, pero era lo más sensato. Movié el rostro y la parte superior del cuerpo, pero su pierna seguía atrapada bajo la de él, impidiendo cualquier intento real de distancia. Ariana intentó sacarla suavemente, pero, en su lugar, lo despertó.

—Buenos días, mi amor —dijo él, sonriendo y abrazándola. El brillo en sus ojos dejaba claro que solo estaba pensando en travesuras, y la firmeza contra su abdomen no dejaba dudas de qué tipo.

—Hola —saludó ella, gritando internamente como una adolescente. Definitivamente, estaba total y absolutamente enamorada de ese hombre—. Lo siento, debo haberme movido durante la noche.

—No te disculpes, nunca he sido más feliz al despertar —le confesó, mientras trazaba la línea de su nariz.

Ariana sabía que debía detener eso, que si iba un paso más allá con él, no habría vuelta atrás. En algún momento había hecho una lista completa de razones por las que era inteligente mantenerse distante, pero ahora no podía recordar ni una. Todo lo que quedaba era una decisión: ¿arriesgarlo todo sin importar las consecuencias? Estaba segura de que Samuel era ese tipo de hombre que te arruinaba al resto de hombres para siempre. Pero no podía obligarse a alejarse; el deseo de saber qué podía pasar en el futuro la tentaba más que el miedo a perderlo.

—¿Estoy sonrojada? —preguntó.

—Sí, lo estás —respondió él, abrazándola más fuerte—. ¿Así se siente ser la favorita de Dios?

—No, se siente así —dijo ella. Y lo besó.

Capítulo 15

Samuel no estaba equivocado, ella era la favorita de Dios. Ese beso se sentía como el cielo en la tierra; él deseaba que ese momento se detuviera para poder vivir en él para siempre. Al principio se sorprendió, pero respondió con la misma intensidad. Ella lo hizo girar hasta dejarlo de espaldas y se sentó sobre él.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó él—. ¿Te duele?

—Está bien. No lo estoy usando. —Ya se había olvidado de él, después de haber tomado suficiente ibuprofeno como para sentirse bien.

—¿Estás segura? No hay apuro.

—Pues yo sí tengo prisa. —Lo calló con otro beso.

—Perfecto —convino él antes de profundizar el beso con su lengua.

—Antes de que hagamos esto, tengo una pregunta —le dijo Ariana—. ¿Tienes protección?

—Sí, pero ise supone que no debo quitarme la ropa! Lo prometí con mi honor —bromeó.

—No romperás tu promesa si soy yo quien te la quita —dijo Ariana, levantándole la camiseta.

Se quitó la camiseta que Samuel le había prestado. En ese

momento, ya estaba frotándose sobre su erección.

—Eres tan hermosa —dijo él, asombrado.

Tal vez era porque hacía mucho que no tenía sexo, o porque él la miraba como si fuera lo único que existía en el mundo, como si fuera una galleta de chocolate y él quisiera devorarla. Pero todas sus preocupaciones estaban muy lejos; solo existía el presente.

—Deberías ir por los condones —sugirió ella entre besos en su cuello—, pronto.

—Claro. —Él la ayudó con cuidado a recostarse contra el cabecero sin lastimar el tobillo y sacó una caja del cajón de abajo, luego le quitó la ropa interior a Ariana.

—Date prisa —suplicó Ariana.

—Sí. —Samuel le abrió las piernas con cuidado, procurando no moverle el tobillo—. Pero hay algo que necesito saber primero —se detuvo, serio.

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—A qué sabes. —Samuel enterró su cara entre sus muslos.

Espera, ¿de verdad sabía dónde estaba el clítoris? Ariana estaba segura de que acababa de morir y estaba en el cielo. Por un momento intentó recordar por qué había dejado de tener sexo, pero las suaves caricias de su lengua la dejaron en blanco; solo quedó la sensación líquida formándose en su centro.

—Entrégate por completo —susurró—. Te lo ruego, mi amor, no te contengas.

Ariana gimíó. Esas palabras la hicieron perder el control. Un río brotó de su interior, provocándole una experiencia fuera de su cuerpo.

—Gracias —jadeó. Sentía que agradecerle era lo mínimo que podía hacer después de la actuación de Samuel. Una vez, en un episodio de *Friends*, Joey recibió un montón de cestas de frutas por

ser un buen amante. Ahora lo entendía.

—No me agradezcas todavía —le dijo él, entregándole un muy necesario vaso de agua—. Apenas estamos empezando.

Capítulo 16

Después de hacer el amor con Ariana, Sam había sacado a Salami para que el perro pudiera hacer sus necesidades. Se portó muy bien y era un perro muy dulce; se estaba enamorando de él casi tanto como de su dueña. Lamentablemente, Ariana ya estaba vestida cuando él regresó y había preparado café y huevos.

—¿Fue obediente? —preguntó ella.

—Sí, muy tranquilo. También le di comida para perros en la clínica, así que no tienes que preocuparte por eso.

—Gracias. Me siento como una damisela en apuros —dijo, avergonzada.

Como si él no estuviera disfrutando al máximo de tenerla cerca. Como si no quisiera que esto durara para siempre, despertarse y devorarla cada mañana.

—¡No te preocupes por nada! Estoy aquí para servirte —ofreció él, haciendo una reverencia—. ¡Ah! Y tu abuela llamó, las carreteras están despejadas y viene en camino a buscarte.

—¡Genial! —Ariana aplaudió feliz.

Sam fingió tristeza.

—¿Estás feliz de librarte de mí?

—No, ya quiero verte de nuevo, te extraño desde ya.

—¡Así me gusta! —Se acercó y le dio un beso en los labios—. ¿Puedo pasar después del trabajo? Si no estás muy cansada —siguió besando la línea de su mandíbula.

—Claro —respondió ella, reprimiendo un gemido.

—Sabes, tu abuela viene desde lejos... definitivamente tenemos tiempo para una segunda ronda —sugirió, atrayéndola hacia él.

—Tienes que irte al trabajo —le recordó Ariana, pero no lo apartó.

—Puedo llegar tarde.

—No por mi culpa. Esos pobres perritos te necesitan —dijo, dramática—. ¡Nunca me lo perdonaría!

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Solo si prometes que no caminarás mucho mientras estoy fuera.

—Está bien, lo prometo, palabra de honor —dijo.

—No tenemos un buen historial con eso —bromeó él.

—Entonces supongo que tendrás que venir lo antes posible para asegurarte de que cumplo mi promesa —le dijo ella, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Samuel la sentó en la encimera de la cocina y la besó. Llegar tarde al trabajo sonaba como algo perfecto.

—¿¡Qué demonios está pasando!?! —Un grito los sorprendió. Dakota estaba en la puerta, horrorizada, mirándolos.

—¿Dakota? —Él se limpió la boca—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a verte. Aún tengo un juego de llaves y... pensé, solo pensé que podríamos hablar.

—Será mejor que me vaya —dijo Ariana, bajándose de la encimera y cojeando hacia la puerta—. Adiós y gracias por todo.

—No, espera —la detuvo Samuel tomándola del brazo—. Por favor, no te vayas.

Ambos vieron cómo el auto de la abuela de Ariana entraba al

camino de entrada.

—Perfecto —dijo ella, apresurándose hacia la puerta—. ¡Salami, vamos!

—Ariana, por favor —rogó él, caminando a su lado para que no pusiera peso sobre el tobillo.

—Por favor, no vengas esta noche —pidió ella, seria, con la cara encendida de vergüenza.

—Por favor —repitió él. Esto no podía estar pasando. Ella era todo lo que quería. No podía dejarla ir así, necesitaba tiempo para explicarse. Este había comenzado como el mejor día de su vida. No era posible que terminara arruinado—. No huyas.

Ella se sentó en el asiento del pasajero y él la vio irse sin siquiera decirle adiós. Al entrar a su casa, Dakota ya no estaba y sus llaves estaban sobre la mesa.

Capítulo 17

—Ariana, ¿por qué estás tan distraída hoy? —preguntó su jefa.

Ariana estaba en el trabajo, de bajón, y su productividad estaba por los suelos. El PowerPoint que llevaba toda la mañana mirando no había cambiado en una hora. El periódico del pueblo, con la cara de Sam en portada y una historia sobre cómo había salvado a un perro de la asfixia, se burlaba de ella desde la mesa.

—Si te cuento un secreto, ¿prometes no juzgarme? —dijo, mordiéndose una uña.

—¡Por supuesto! —prometió Njinga, sentándose cerca de ella y dándole unas palmadas emocionadas a su pelo blanco.

—Estoy enamorada de alguien —confesó al fin. Se sintió bien decir esas palabras en voz alta.

—¿De quién? Nena, no me hagas sacártelo a la fuerza —dijo Njinga, apuntándola con un dedo amenazante.

—Del nuevo veterinario. El novio de Dakota —se sonrojó. Con tantos hombres en el mundo, Ariana tenía que enamorarse justo de uno que ya estaba ocupado.

—¿Del que vino con Dakota? Ese está para comérselo. Tienes buen gusto —asintió, aprobando.

—Dakota terminó con él, y nosotros nos enredamos, pero luego

ella volvió a buscarlo mientras yo todavía estaba ahí. Fue tan vergonzoso..., esperaba que me enfrentara ahí mismo.

—¡No puede ser! —Njinga se sorprendió. Al otro lado de la sala, su teléfono sonaba, pero lo ignoró—. ¿Y qué hiciste tú? ¿Y ella?

—Los dejé solos para que pudieran arreglarse. Básicamente salí de su casa lo más rápido que pude.

—Pero ¿volvieron? No pueden haber vuelto, ¡la vi besándose con el chico danés anoche!

—¿Qué? No lo sabía... pero igual me rehúso a intervenir en esa relación y lo estoy evitando a toda costa. No quiero ser conocida como la rompehogares del pueblo.

—No tienes que preocuparte por lo que piensa la gente —la reprendió Njinga—. Todos son unos chismosos sin nada mejor que hacer. Solo tienes que preocuparte por lo que tú quieres. Y algo muy importante: ¿qué quiere él? ¿Quiere volver con Dakota? ¿Qué hizo? ¿Quiere estar contigo? ¿Quiere quedarse soltero?

—No lo sé, no le dejé explicarse. —Su jefa lo hacía sonar tan simple y racional...

—Cariño, necesitas respuestas.

—Supongo que es cierto. Él vino a mi casa anoche, pero no quise hablarle, así que hice que mi abuela atendiera la puerta.

—¿Y qué dice tu abuela de todo esto?

—Que estaba siendo terca. —Njinga asintió—. Sobre todo después de que vino con varios tobilleros para mis pies y se ofreció a venir todos los días a cuidar de Salami hasta que pueda caminar con normalidad.

—Eso es tan dulce... Es un buen partido.

—Sí, lo es —aceptó Ariana—, pero Dakota lo vio primero.

—Mira, Dakota lo dejó en medio de un lugar público, y ya sabes lo que dicen: la basura de una persona es el tesoro de otra. Te lo

ruego, por favor, acepta la basura de Dakota.

—Eso suena tan raro... —Ariana empezó a reírse de esa forma tan extraña de pensar y se dio cuenta de que no lo había hecho en días, desde que estuvo con él.

—Por favor, al menos escúchalo —le aconsejó Njinga—. No dejes que el miedo y el trauma decidan por ti.

Eso era lo que nadie entendía sobre ella, pensó Ariana. Vivía con miedo. ¿Cómo no hacerlo? Tantas cosas podían salir mal... Tal vez Samuel solo quería una aventura de una noche, o tal vez ya había vuelto con Dakota, o tal vez comenzarían una relación y luego acabaría de la peor manera. Las cosas siempre terminaban. Ariana sabía por experiencia que había cosas peores que una ruptura.

—Lo pensaré —mintió, justo en el momento en que decidió que no podía hacerlo. Desde ahora, llevaría a Salami al veterinario del pueblo de al lado.

Capítulo 18

Habían pasado unas semanas y el plan de Ariana para evitar a Samuel estaba funcionando a la perfección. Había esquivado todos los eventos públicos del pueblo, aguantando durante días las quejas de su abuela. Paseaba a Salami solo durante los horarios de comida, cuando sabía que el pueblo estaría vacío. Se perdió la fiesta del aniversario del pueblo, pero era el precio justo a pagar. Solo imaginar encontrarse con Samuel o Dakota la hacía entrar en pánico.

—Disculpa, señorita, ¿puedes decirme cómo llegar a esta dirección? —preguntó una chica hermosa al bajarse de un coche deportivo rojo. Llevaba un vestido blanco brillante sin mangas, un arco enorme y un carcaj con flechas en la espalda, como una representación moderna de una toga griega.

Qué atuendo tan raro, pensó Ariana. Halloween aún estaba a una semana de distancia.

—¿Vas a algún festival? —preguntó. Tal vez había una convención de alguna serie o se le había pasado el anuncio de una fiesta de disfraces.

—Sí, claro —respondió la chica, y le metió el mapa en la cara—. Voy aquí. Hola, perrito —se acercó a Salami.

—La verdad, no soy muy buena leyendo mapas de papel, y ni

siquiera parece que esto sea de este pueblo. —Ariana estaba confundida. No reconocía ninguno de los edificios. Cambió varias veces la orientación del mapa, pero no lograba ubicar el paisaje.

—Eh, señorita, ¿tu perro está bien? —dijo la chica. Cuando Ariana lo miró, los ojos de Salami estaban cada vez más inflamados.

—Salami, ¿qué te pasa? —le agarró la carita, buscando una picadura de abeja o alguna herida.

—No se ve bien —opinó la chica mientras la hinchazón aumentaba—. Súbete al coche. Vi una clínica veterinaria a unas cuadras —ordenó, mientras ya encendía el motor.

Ariana levantó rápidamente a Salami y subió.

Estaba segura de que la chica dejó marcas de neumáticos en el asfalto mientras los llevaba a toda velocidad, ignorando todos los semáforos. Ariana abrazaba a Salami, rezando por que llegaran a tiempo y que su bebé no tuviera nada grave. El perro lloraba, tal vez por el dolor o por el miedo: era su primer viaje en coche.

Apenas entraron a la clínica, la chica desapareció nuevamente a toda velocidad, pero el doctor Lukas, el jefe de Sam, vio a Salami y los hizo pasar de inmediato para una revisión de urgencia.

—Ah, ya veo —dijo—. Es solo una reacción alérgica. Le pondremos una inyección y estará bien, pero debemos dejarlo aquí unas horas en observación. Si no te molesta, te recomendaría buscar algún lugar bonito para comer y volver alrededor de las cuatro.

—¿Podría llamarme si pasa algo? —suplicó Ariana.

—Por supuesto, pero, no te preocupes, todo estará bien —la tranquilizó el hombre mayor.

Ariana sintió alivio. Su bebé iba a estar bien. Secretamente, se sintió triste de que Sam no estuviera allí. Anhelaba verlo, aunque fuera solo por unos minutos. Entonces, como si sus pensamientos pudieran materializarlo, él abrió la puerta, listo para trabajar.

—Hola —dijo, sonriendo.

Estaba recién afeitado y tan guapo como siempre, y la mirada de anhelo en su rostro le dio un golpe directo al corazón de Ariana. Se dio cuenta de que no era solo un flechazo: lo amaba. Él extendió la mano para que ella la tomara, una súplica silenciosa. Si lo hacía, ¿qué significaría? Pero no podía hacerlo. Deseaba que las cosas entre ellos no fueran tan complicadas. ¿Por qué todo tenía que ser siempre tan difícil? ¿Por qué él tenía que ser el novio de Dakota? ¿Por qué tenía tanto miedo?

Ahora lo entendía: lo amaba, pero ya era demasiado tarde, y nunca podría tenerlo. Así que no dijo nada... y se fue.

Capítulo 19

—Salami, ven aquí —escuchó Samuel en el bosque mientras corría, y su corazón se aceleró. No podía creerlo, Ariana estaba allí. Hacía tanto que no la veía... Era como si la tierra se la hubiera tragado. Corrió hacia el sonido, y Salami vino corriendo a saludarlo, saltando sobre él y llenándolo de besos, con el rostro ya normal después de una noche con antialérgicos.

—¡Salami, bájate ya! —ordenó ella—. Lo siento, está aprendiendo a portarse mejor. —Lo sujetó por el collar—. Oh —se sorprendió al acercarse y ver que era él, y de inmediato dio unos pasos hacia atrás, alejándose.

Tal como Samuel sospechaba, ella había estado haciendo todo lo posible por evitarlo.

—Hola, ¿te sientes mejor? —preguntó—. ¿Tu tobillo está bien?

Esta era la oportunidad de explicarse. Necesitaba oír su voz, hablarle, ver la arruga que se le formaba en el entrecejo cuando hablaba de algo importante. Después de semanas sin verla, finalmente había una oportunidad. Tenía que explicarle lo que pasó y lo que realmente sentía por ella. El día anterior ella se negó a hablarle, pero él había visto el miedo en su rostro. Él también tenía miedo de la intensidad de sus sentimientos, pero estaba decidido a

luchar por ella. Sabía que Ariana tenía un pasado complicado que la hacía dudar, y él estaría allí para ayudarla a enfrentarlo.

—Sí, ya puedo caminar —respondió Ariana, mirando al suelo. No le sostenía la mirada—. En fin... eh... adiós.

—Ariana, por favor, no te vayas, quiero hablar contigo. Te lo ruego, por favor, habla conmigo —extendió una mano hacia ella, una vez más esperando un resultado diferente, rezando en silencio para que la tomara.

—No puedo —se detuvo, con las manos cerradas en puños—. No seré una rompehogares.

—Pero no lo eres. Te juro que no estamos juntos.

—No sé qué pensar. Nos apresuramos y hemos lastimado a Dakota.

—Dakota y yo terminamos, no hay absolutamente nada entre nosotros. Ya habíamos terminado antes de ti. Tú lo viste, todo el pueblo lo vio, tú y yo no hicimos nada malo.

—Pero ella quería hacer las paces contigo —respondió.

—Pero eres tú a quien yo quiero. —Aún no había tomado su mano extendida, pero, al menos, ya no seguía alejándose—. Intenté darte espacio, pero ya no lo haré más, voy a luchar por ti. Esperaría mil años si eso hace falta para que te des cuenta de que también me amas.

—No lo entiendes —susurró.

—Entonces, explícamelo. ¿No me amas? Yo sé que sí. Lo siento aquí. —Se acercó a ella, tomó su mano libre y la colocó sobre su pecho—. Mi corazón late solo por ti, Ariana, debes saberlo. ¿Por qué no me aceptas?

Una lágrima recorrió la mejilla de Ariana.

—El amor es peligroso.

—Yo nunca te haría daño —juró él.

—Hay muchas formas de salir herida —dijo, mirándolo finalmente a los ojos.

—¿Qué temes que pase? —preguntó él, secándole las lágrimas. Estaban allí, por fin ella se estaba abriendo con él.

—No podría soportar perderte a ti también. No me importa lo que quiera mi traicionero corazón —confesó.

Samuel entendió el tipo de pérdida a la que se refería, una que ya había sufrido antes. Ariana le había contado una vez cómo su novio de toda la vida había muerto, y aunque su corazón dolía por ella, al mismo tiempo se aferraba a un hilo de esperanza. No era que Ariana no quisiera estar con él, era que tenía demasiado miedo de perderlo también.

—No me vas a perder, nunca me vas a perder. No volveré a subirme a un auto si eso te hace sentir mejor. No voy a irme a ningún lado, lo prometo. Vamos a morir juntos de viejitos.

—Cuidado —bromeó ella—. Eso sonó mucho a propuesta de matrimonio.

—¿Y si lo fuera? —dijo él, completamente en serio—. Si tuviera un anillo, te lo pondría ahora mismo en el dedo.

Ella lo calló con un beso.

Epílogo

—No puedo creer que lastimaras a un pobre perro para que ellos terminaran juntos —dijo Fobos a Cupido, juzgándolo con la mirada.

—Necesitaba llevarla a la clínica veterinaria para que se diera cuenta de que estaba enamorada. Y solo le di una reacción alérgica leve, fue inofensivo, y mira qué pareja tan hermosa hacen.

Ariana y Samuel estaban diciendo sus votos frente a sus seres queridos. Después de un año de planificación, finalmente celebraban la boda de sus sueños, y, por supuesto, Salami era el portador de los anillos. Ambos lucían radiantes, ella con un vestido blanco corte sirena y él con un esmoquin negro entallado. Olimpia lloraba a mares y el hermano gemelo de Sam les sonreía de oreja a oreja.

—Escuché —susurró Cupido— que planearon una luna de miel aún más grande en una isla del Caribe.

—Se ven bien juntos, supongo que ganaste esta parte de la apuesta.

—Claro que sí, son perfectos el uno para el otro y tendrán los bebés más hermosos —dijo Cupido con aire soñador.

—Salami no tendrá un segundo de paz —comentó Fobos mientras salían junto al resto de los invitados.

—En efecto, no lo tendrá.

Ariana y Samuel caminaban por el pasillo mientras los dioses preparaban el arroz para lanzárselo. Parecía que todo el pueblo había venido a la boda; cualquier excusa era buena para hacer una fiesta.

—Asumo que sigues siendo optimista respecto a esa lista —preguntó Fobos.

—Por supuesto que sí, esta primera pareja fue pan comido —se jactó Cupido—. ¿Qué son noventa y nueve más?

—Entonces ¿no te importa si le doy un poco de «sabor» al asunto? —ofreció Fobos con una sonrisa traviesa.

—Claro que no me importa, eso es lo que no entiendes. Soy lo máximo. Lánzame lo que quieras, verás como pierdes para siempre —dijo Cupido mientras arrojaba arroz no solo a los novios, sino a todos los invitados.

Fobos extendió su mano.

—¡Oh! Así será, Cupido.

—Cuando quieras —respondió Cupido, estrechándosela.

Cupido tiene un serio problema. Durante una noche poco gloriosa, apostó con Fobos que podía hacer que cualquiera se enamorara. Para demostrarlo, recurre a un anticuado artículo de los años cincuenta con cien formas infalibles de encontrar marido.



El plan parece sencillo hasta que entra en escena **Ariana Cooper**, una mujer con carácter, respuestas afiladas y una alergia evidente a que le digan cómo debe amar.

Todo empieza cuando Ariana adopta un perro y termina en la consulta veterinaria del pueblo, donde conoce a **Samuel**, un hombre atractivo, cercano y peligrosamente encantador. El detalle

incómodo aparece pronto: Samuel tiene novia. Ariana decide poner tierra de por medio, aunque el destino, su abuela y un método romántico pasado de moda parecen empeñados en no dejarla tranquila.

Entre citas a ciegas poco prometedoras, consejos familiares no solicitados y encuentros cada vez menos casuales con el veterinario, Ariana se ve envuelta en una cadena de situaciones tan incómodas como reveladoras. Una noche inesperada bajo el mismo techo, una sola cama y una visita inoportuna bastan para complicarlo todo y hacer que Ariana salga corriendo antes de tiempo.

Mientras Cupido intenta salvar su apuesta y Samuel trata de aclarar lo que siente, Ariana se enfrenta a la pregunta que siempre ha evitado: si el amor puede surgir siguiendo reglas absurdas o si, quizá, aparece cuando nadie lo ha planeado.

Porque a veces, incluso los dioses del amor subestiman lo imprevisible que puede ser un corazón humano.

La autora **Caryarit Ferrer** de día es jefe de informática de un proyecto de investigación y desarrollo de un proyecto de impresoras 3D en Hewlett Packard. De noche escribe. Le encanta pasar el verano en la Toscana. Baila salsa y ballet. Y para finalizar, a veces es casa de acogida de gatitos y perritos.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Caryarit Ferrer

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-83-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Casarme con el veterinario

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Caryarit Ferrer](#)

[Créditos](#)